

Viaje a los Indios Chané, por Enrique Palavecino

En los primeros días de diciembre de 1940, por decisión del señor Presidente de la Comisión de Medición de un Arco de Meridiano y a propuesta del suscrito, aprobada por el señor Director del Instituto del Museo, doctor



Fig. 1. — Mujer Chané de Campo Durán vistiendo la clásica túnica llamada tiru

Joaquín Frenguelli, emprendí un viaje al río Itiyuro con el fin de estudiar los indios Chané, que viven en sus márgenes.

Los Chané, como es sabido, constituyen un grupo de cultura amazónica, de la familia lingüística *nu-aruaic* y que hace ya mucho tiempo fueron guaranzados por la invasión chiriguana que inundó el borde occidental del

Chaco en sucesivas olas. Los conquistadores sometieron a los Chané, primitivos habitantes de la región, y les dieron el nombre de *Tapui*, palabra que en guaraní tiene una significación equivalente a « los bárbaros » o mejor a algo así como « los extranjeros inferiores que no son como nosotros ». Posteriormente desapareció la especie de servidumbre en que por mucho tiempo vivieron los Chané, pero el intercambio de bienes culturales entre conquistados y conquistadores fué tan activo, que ambas tribus



Fig. 2. — Urnas funerarias descubiertas en el corral del poblador Vaca

impresionaron a Nordenskiöld, que las visitó en 1908, como pertenecientes a un sólo pueblo. El viaje por mí realizado, sumó nuevas observaciones a las que tuve oportunidad de practicar en marzo de 1938 y me permitió aclarar y completar puntos poco conocidos en la etnografía de esta interesante tribu.

Los Chané viven hoy en Bolivia a lo largo del río Parapití y en el Izozog; en el territorio argentino ocupan la costa del río Itiyuro, cerca de Angostura y las quebradas de Iquira y Tuyuntí en las cercanías de Aguaray. Aunque el campo de estudio abarcó prácticamente la totalidad de la cultura, tres son los sectores principales en los que pude realizar observaciones de interés: la habitación, la cerámica y las prácticas funerarias.

Dejando para una publicación posterior los dos primeros puntos, diré aquí solamente algo concerniente al tercero.

La totalidad de los grupos visitados practica la inhumación en urnas de barro y dentro de la habitación. Tanto en Campo Durán (río Itiyuro) como en Tuyuntí, esa costumbre es de rigurosa vigencia. En el piso de un rancho, una mujer me indicó los dos lugares donde estaban enterrados sus dos hijos, justamente debajo de dos catres, y en otra casa un hombre me señaló el sitio, debajo del fuego, en donde estaba el cuerpo de un tío suyo. No tuve oportunidad de presenciar ningún entierro, pero sí me fué permitido excavar un viejo enterratorio en un sitio que fué antes piso de rancho, situado en lo que hoy es corral perteneciente a la casa del poblador J. Vaca.

La excavación dió como resultado el hallazgo de cuatro cántaros conteniendo esqueletos. Todos los cántaros tenían cubierta la boca con otros más pequeños. Tres de los entierros eran de adultos y uno de párvulo. De los tres adultos, dos eran mujeres, y pudieron extraerse los cráneos y huesos largos en regular estado, pero el esqueleto masculino se hallaba en alto grado de destrucción. Tan sólo uno de los entierros tenía ajuar fúnebre, consistente en los ocres que se usan para pintar las alfarerías y las piedras pulidas con que se alisan antes de pintarlas; también acompañaba los restos, que eran de mujer, un plato pintado en rojo sobre fondo blanco. Todas las urnas, excepto la que contenía el cadáver infantil, tenían la boca agrandada por fractura para introducir el cuerpo. No eran, por tanto, urnas confeccionadas exprofeso para el entierro, sino grandes cántaros de los que se usan para preparar la chicha, ocasionalmente adaptados al uso funerario. Otra particularidad era el tener el fondo perforado, según puede saber, para facilitar el escurrimiento de los jugos cadavéricos. Una cierta cantidad de datos se obtuvieron sobre el ciclo de creencias relacionado con la muerte, pero su publicación queda, como antes dije, para más adelante.